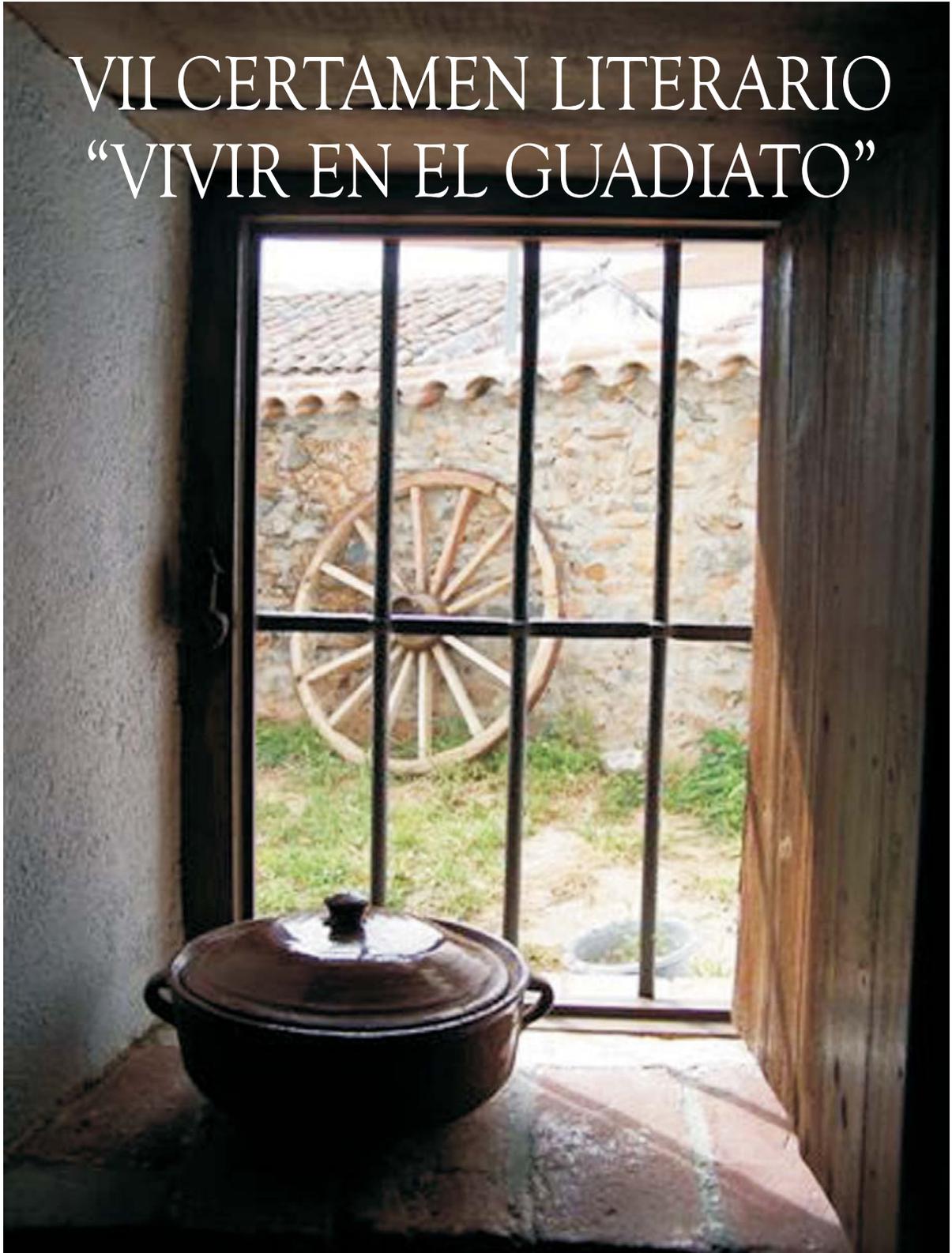


VII CERTAMEN LITERARIO  
“VIVIR EN EL GUADIATO”



## VII CERTAMEN LITERARIO

### *“VIVIR EN EL GUADIATO”*

1er. Premio de Relato Corto Adultos	
“Julián , el Garza” de Manuel Nogales Rodríguez .....	3-11
2º. Premio de Relato Corto Adultos	
“Bienvenidos a bordo” de Mª José Gómez García.....	12-34
1er. Premio de Poesía Adultos	
“Los colores del Guadiato” de Ladislao Barra Silva .....	35-44
2º. Premio de Poesía Adultos	
“Katabarsis del Río” de Pedro Ángel Cabrera Ruiz.....	45-53
Premio de Relato Corto Escolares	
“Los mulos que sabían contar” de José Manuel Esquinas Durán.....	54-55
1er.Premio de Poesía Escolares	
“Tres poemas para el Valle del Guadiato” de Ara Barra Manzano.....	56-59
2º. Premio de Poesía Escolares	
“Al andar, andar...” de Montserrat Díaz Rodríguez .....	60-62

## 1er. Premio Relato Corto Adultos

### **“JULIÁN, EL GARZA”** Manuel Nogales Rodríguez

Julián era hombre de costumbres bien definidas probablemente porque no eran demasiado complejas. Todas las mañanas del verano, a eso de las ocho, cogía su pequeño petate, se lo echaba al hombro y se dirigía a su melonar. El petate se lo preparaba Quica, que tampoco destacaba por su creatividad y detalles a la hora de poner de comer a su hombre. En él metía la hortera de aluminio abollada por su propia historia, medio pan del día anterior, el litro de vino blanco y el paquete de Peninsulares. En la hortera, como siempre, media morcilla de la matanza del invierno pasado, un trozo de queso añejo en aceite liado en tela, alguna chuleta empanada de la cena de ayer y un poco de asadillo. Julián siempre le reprochaba que el queso era muy pringoso y que se lo pusiera aparte porque le ponía el resto de la comida chorreando de aceite, pero Quica sabía la predilección que Julián sentía al rebozar con este aceite todo lo que comía y no le hacía mucho caso.

Caminaba despacio, con grandes zancadas por la dimensión de sus largas piernas, pero espaciando éstas de tal manera que tenía bien merecido el apodo por el que se le conocía en el pueblo, “el Garza”. De vez en cuando se paraba y giraba la cabeza como para observar lo que acontecía a su alrededor. Esta maniobra la repetía unas tres o cuatro veces antes de llegar al melonar y duraba exactamente lo que tardaba en dar las últimas caladas a ese cigarrillo que no se caía nunca de su boca. Fumaba mucho y Quica se lo recordaba. No le reñía, pero era machaconamente reiterativa en estas evocaciones. Jamás le habló de ello como algo perjudicial para su salud, aunque sí para su economía, a lo que Julián siempre contestaba: “para eso lo gano”.

Cuando Julián llegaba al melonar, tiraba la última colilla del Peninsulares, la pisaba concienzudamente como si la quisiera enterrar y se dirigía hacia el chozo, que estaba justo en el centro, por un surco más ancho que los demás preparado a tal efecto por él a modo de sendero. A medida que se arrimaba al chozo, iba recogiendo las hojas de las matas y poniéndolas de manera que protegieran a los incipientes frutos del sol. Este trabajo era el primero que realizaba en todo el melonar. Después cavaba aquí y allí, “arreglaba” las matas, como él definía a esta operación y a última hora, cubo a cubo iba sacando agua del pozo y refrescando los alrededores del chozo.

Entre medias no paraba de fumar, salvo el tiempo que dedicaba a vaciar la hortera y el petate con la comida. Se sentaba en la sombra del chozo sobre una piedra cubierta por un tosco trozo de saco de espitera que sacudía antes, ponía la botella de vino a su derecha y se cubría las piernas con el paño con el que Quica había envuelto el pan. Encima de sus piernas ponía la hortera abierta de par en par y el medio pan. Cogía su navaja e iba cortando gruesas rodajas de pan que mantenía en su mano izquierda, mientras con la derecha y haciendo alarde de una destreza suprema, introducía su faca dentro de la tartera de la que igual salía un trozo de queso, de morcilla o de chuleta envuelta en asadillo. De vez en cuando soltaba la navaja en su regazo, se refregaba los labios con el antebrazo y agarraba la botella de vino como si la fuese a estrangular. El trago era largo y la nuez enjuta y puntiaguda se paseaba por su cuello en rítmicos movimientos de arriba hacia abajo. Después de cada trago de vino, Julián exhalaba aire con un sonido gutural prolongado, como intentando transmitir el olor del vino en toda la estancia de palos y paja. Acto seguido continuaba degustando sus viandas hasta que con el último trozo de pan limpiaba la navaja y rebañaba el fondo aceitoso de la hortera.

Cuando terminaba su faena, recogía la azada y el cubo, arreglaba su petate y se sentaba en la puerta del chozo fumándose un cigarrillo y mirando hacia la parte del melonar que lindaba con la vía del tren. Ya no pasaba el tren con la misma frecuencia que antes, pero a él le daba igual porque en ese rato que estaba absorto y relajado, le gustaba imaginar a la gente subiéndose o bajándose de “la maquinilla” en El Montadero. Recordaba las carbonillas humeantes a ambos lados de la vía y a los maquinistas que le saludaban con el brazo en alto y las caras sucias de restregárselas en presencia de tanto polvo negro. También recordaba a esos que iban por las vías recogiendo el carbón que se caía de las tolvas, huyendo de los guardas con sus cubos negros y abollados atados con alambres a sus asideras. Eran recuerdos entre nostálgicos por los tiempos que ya no volverán y de cierta tendencia a producir en él la irremediable gana de exclamar: “¡Me cago en Dios!. Todavía me acuerdo del fulanito de tal que me denunció por llevarme de la mina un taco de madera para hacer astillas y me sancionaron con cinco duros de multa”.

Siempre era normal que a alguna hora de la mañana o del mediodía apareciera por el entorno del melonar de Julián alguien: algún pastor arreando sus ovejas, el carrero que transportaba la paja de alguna sementera de por allí o, simplemente, esos mineros jubilados que se acercaban para tertuliar con él. Julián siempre reservaba parte del vino para ofrecer a sus visitantes y entre trago y trago, rememoraban cuestiones que a fuerza de recordarse, habían tomado matices que para nada guardaban relación con los sucesos originales, pero que

nadie se atrevía a contradecir ni a variar a sabiendas que cualquiera de ellos había sido guionista de los cambios realizados en base a sus propias fantasías. Después de vaciar la botella de vino, de fumar como chimeneas y de afilar cualquier palo que hubiera en los alrededores con sus respectivas navajas, levantaban el campo y todos se dirigían hacia sus destinos: los pastores a sus cortijos, los carreros a descargar su mercancía y Julián y los jubilados hacia sus casas. En el camino seguían desbrozando historias y sacando a colación algún que otro chisme que en el pueblo se hubiera producido.

Tomás “el Chato”, el más joven de los jubilados que casi siempre acompañaba a Julián en sus tertulias, andaba diciendo que había oído que en el Pozo n.º. 3 había ocurrido un accidente en el relevo de la noche y que se habían quedado enterrados dos hombres.

- “Eso no puede ser - contestó Julián - porque cuando yo me venía pal melonar no he visto a las mujeres en la carretera esperando el coche de la mina y, además, algo hubiera visto yo, que mi casa está enfrente del pozo”.

- “Pues ahora que lo dices, las sirenas de las ambulancias sí se me ha hecho oír las a mí” replicó Antonio, “el Renre”.

Como tenían que llegar hasta el barrio, la barriada de Los Cuarteles donde vivían la mayoría de los mineros que trabajaban en ese pozo, abreviaron el paso con la angustia de saber qué había de cierto en lo que “el Chato” había contado. Al llegar a las primeras casas de Los Cuarteles, en “la calle arriba”, ya se divisaba el castillete de la mina y mucha gente en la boca-mina, con la ambulancia de la empresa aparcada por allí. Comprendieron entonces que tenía que ser cierto lo del accidente y entonces corrieron en la medida que sus fuerzas se lo permitían para enterarse de lo que había pasado. Cuando Julián llegó a su casa, Quica no estaba, pero había un papel de estraza encima de la mesa, debajo de un pequeño florero, con unas letras escritas con un trozo de picón que decía: “Estoy en cá la Esperanza que su marío sa quedao enterrao esta madrugá en la mina”.

Julián tiró el petate al suelo y salió corriendo por la puerta falsa de su casa en dirección a la de Esperanza, que estaba tres casas por bajo. Antes de llegar, a pocos metros de la puerta, se oían gritos y lamentos de dolor. La puerta estaba abierta y había gente en la calle. Los gritos cada vez eran más desgarrados y Julián creía oír, entre sollozos y respiración entrecortada:

- ¡ Ay, ay mi Antonio, por Dios, que no lleva más que seis meses en la mina, ay, ay!. ¿ Por qué la tenía que pasar a él, con lo joven que es, Dios mío?. ¿Qué hago yo ahora con éste que llevo en la barriga, cómo le explico por qué no ha conocío a su padre?. ¡Ayyy, ayyy!.

Julián preguntaba qué había pasado y todos le contestaban que los

compañeros le habían dicho a Esperanza que Antonio, su marido, y Julio, su compañero, estaban trabajando juntos en una retirada y no habían salido de la mina después que la pega descompuso un pocito entre el 120 y el 130. En la casa de Esperanza todo era desolación, lloros, nervios y desconsuelo. Julián no se lo pensó dos veces. Buscó entre la gente que se aglomeraba en la puerta de la casa y vió a Fernando, vecino suyo y que tenía una Motobic. Se dirigió a él y le dijo: - “Fernando, acércame a la mina en tu moto que nos enteremos de lo cá pasao”.

Los dos hombres se dirigieron a la mina a toda la velocidad que la moto de Fernando era capaz de ir. Al llegar al parque de la mina se encontraron con un montón de compañeros que habían hecho lo mismo que ellos y empezaron a hablar del tema. Unos decían que los daban por muertos porque no se oía nada, otros comentaban que el equipo de rescate aún no había llegado al lugar del enterramiento y que, a pesar de que habían entrado dos brigadas, no sabían exactamente donde se podrían encontrar los dos mineros. Julián se acercó al policía de seguridad que acababa de salir del pozo y entre voces y empujones por la gente que lo acosaba le dijo: - “Justo, este pozo me lo conozco como si lo hubiera parío. Déjame entrar con vosotros que ayude a sacar a los compañeros”. Justo le dijo que no era posible, que ya había dos brigadas de salvamento trabajando a destajo en ello y que él no podía permitir que Julián, que estaba de vacaciones, entrara en la mina sin permiso de algún ingeniero.

Julián no quiso discutir ni perder más el tiempo en la conversación con Justo. Oteó con la mirada hacia las oficinas de los jefes y se le hizo ver a Don Alonso, Jefe del Pozo nº. 3, pululando con su casco y con su mono por detrás de las ventanas de marcos tan negros como el carbón. Corriendo se fue hacia él y le dijo: “Don Alonso, por sus muertos, déjeme entrar con la brigada, que usted sabe que esta mina es pa mí como mi casa. Me conozco cada rampa, cada pocito, cada curva de galería y además, sé por donde quiebra la piedra y la beta con solo verla. Usted lo sabe porque por eso ma confiao muchas labores que solo yo podía hacer, por favor”. Don Alonso, hombre menudo, de bigote estrecho, serio y flemático, se le quedó mirando con las gafas a media nariz y sin mover un solo músculo de su rostro. Siguió en silencio un buen rato mientras desplegaba en su mesa un plano. Después le enfocó a la cara con la lámpara que portaba en su casco y le dijo: “-Julián, eres el tío con más cojones que he conocío en esta mina, pero los cojones no bastan para salvar a esos dos desgraciaos que san quedao enterraos. Hace falta llegar a ellos con la técnica suficiente como para que el rescate no se convierta en otro accidente, ¿ te enteras?. Vete al lampistero y le dices de mi parte que te dé la lámpara, que en la próxima bajada vamos a entrar los dos, ¡corre!”.

Julián salió como una exhalación hacia la lampistería y le explicó a Bartolo el lampistero el tema. Éste, refunfuñando como siempre, descolgó la lámpara que pendía de la chapa número 196, la suya, con la que Julián había bajado a ese pozo durante más de veinte años. Se apresuró a las duchas a coger su percha y bajó de un tirón su ropa de trabajo y sus botas. Se desnudó en menos de un segundo y se enfundó su pantalón, su camiseta gris, su camisa, sus botas de trabajo y su casco para dirigirse a toda prisa con sus grandes zancadas a recoger su lámpara. Se ató fuertemente el cinturón con la pila, se ajustó la lámpara al casco y siguió el camino hacia la oficina de Don Alonso, que seguía descifrando con los vigilantes y con Don Longinos, el ingeniero, la estrategia para llegar a la zona del hundimiento. Don Alonso, indicando con el dedo en el plano sobre la mesa, se volvió hacia Julián y le dijo: -“Garza, la pega ha sido en el frente del 130, a unos 150 metros de la boca de la galería y se ha ido en retirada hacia el pocito del 130 al 120. Lo ha hundido y lo que no sabemos es dónde se encontraban en esos momentos el Antonio y el Julio. Dice el vigilante que los mandó a recoger la furrifalla que había quedado de la pega de la tarde y que cuando terminaran, se salieran”. Julián levantó la mirada y preguntó al vigilante: -“¿Había mucho material en esa retirada?”. “No, como pa tres o tres horas y media de carga a destajo”, contestó el vigilante.

Julián se rascó la cabeza por debajo del casco mientras con la lengua hacía como que escupía levemente, gesto suyo muy específico y concreto cuando estaba concentrado y pensando. Por su cabeza pasaban a toda velocidad las imágenes de la mina: los conductos de ventilación, las rampas, los pocitos, los cables eléctricos, los cofrets, los raíles de los vagones, las cadenas del transportador y hasta los comentarios de los mineros en los tajos. Al rato le dijo muy serio al vigilante: -“Conociéndote como te conozco, además de ofrecerles el destajo, también les habrás dicho que antes de salirse recogieran la herramienta y la llevaran al tajo del relevo siguiente, ¿verdad?”. “Sí” respondió el vigilante. “Pues si la pega ha sido como siempre media hora antes del final del relevo y sabiendo “el Concha”, compañero de Antonio “el Nene”, que lo que el vigilante les había propuesto no era trabajar menos horas, sino recoger toda la herramienta que se habían dejado enterrada los de la pega anterior, los dos habrán tirado después de la faena por el camino más largo para el embarque, y éste es la rampa entre el 130 y el 110. Seguro que esta rampa se hundió también y los ha pillao detrás de ella. Hay que bajar al 110 y desatascarla”, dijo Julián. “¿Cómo puedes estar tan seguro de eso, cuando lo más lógico es que hubieran tirao por el camino más corto, Garza?”, le apuntó el ingeniero. “Lo de lógico lo dirá usted porque se llama Don Longinos, pero la lógica de la mina no se estudia

en la universidad. “El Concha” y “el Nene” san tirao por ahí por no verle la cara a este cabrón de vigilante que los ha mandao al peor tajo para un principiante como Antonio, y como Julio lo sabía, ha preferió coger el otro camino pa no encontrase con la pega y tener que reventarle la cabeza a este mamón”. El vigilante se embrabuconó y se fue hacia Julio con las manos levantadas como para agredirle. Don Alonso se puso entre medias de los dos y se quedó mirando fijamente al vigilante, como solo él sabía hacer. Trascurridos unos segundos que calmaron algo la tensión que se produjo, Don Alonso dijo. “Garza, tú te vas a bajar conmigo y con la brigada hacia donde dices. La segunda brigada con el vigilante irán a la zona del pocito a retirar mineral y meter tubos de ventilación, ¡vamos!”.

Julián cargó con su bombona de rescate y se dirigió hacia la boca del pozo con Don Alonso y la primera brigada. Antes de introducirse en la jaula, miró a su alrededor y buscó a Fernando. Al verle le hizo señas para que se acercara y le dijo: “-Fernando, no le digas a la Quica que voy a bajar a la mina. Si te preguntara, o mejor, sin que te pregunte, dile que estoy en la boca-mina, esperando acontecimientos como el resto de gente que anda por aquí, ¿vale?”. Fernando asintió con la cabeza y le agarró fuertemente el brazo, lo arrastró hacia él, lo amarró con sus brazos en un apretón que unió sus cuerpos en uno solo y le susurró en el oído: “-Si alguien es capaz de sacar a esos dos de ahí abajo eres tú, cabrón, que tienes los güevos y el corazón más grande ca parió madre en el mundo entero”. Fernando soltó a Julián y en sus ojos brillaba una tenue lágrima que afloró a sus mejillas en cuanto éste se incorporó junto al resto de la brigada dentro de la jaula.

La jaula bajó a las dos brigadas hacia sus correspondientes destinos. El de Julián era el piso 110, en su confluencia con la rampa que lo unía con el 130. Nada más llegar, Julián corrió como un desesperado por la vera de los raíles, sorteando cables y traviesas como un atleta entrenado. Llegó el primero a la rampa y comenzó a gritar: “-¡Está hundida, está hundida, que vuelva alguien al embarque y le diga al pocero que corten la ventilación de este tramo hasta nuevo aviso!”. Cuando llegó Don Alonso le dijo: “-Pero, ¿estás loco?, ¿cómo van a cortar la ventilación?”. Sin hacerle demasiado caso, Julián corrió de nuevo hacia atrás, rebuscó entre las cunetas y cogió una llave inglesa de enormes proporciones que se encontraba por allí. De nuevo corrió hacia la entrada de la rampa, enganchó a su cinturón un mosquetón, ató a éste una eslinga y les dijo a sus compañeros que se pusieran las máscaras para respirar y le sujetaran mientras él bajaba unos metros en la rampa. La rampa estaba inundada de polvo. A más de un metro no se distinguía ni siquiera la luz de la lámpara del compañero más cercano. Julián, como un poseso, no dejaba de dar órdenes a

los componentes de la brigada y Don Alonso solo alcanzaba a asentir con la cabeza y con la mano para que todos siguieran sus instrucciones.

Cuando Julián tocó el fondo del hundimiento en la rampa, les dijo a todos que se callaran, que no emitieran el menor sonido. Al momento, dejó de sonar el ruido ensordecedor de las turbinas de ventilación y poco a poco se hizo un silencio sepulcral en la mina. Julián se encaramó hacia un lateral de la rampa, llena de bolos enormes de mineral, se sentó al lado de la tubería de ventilación que se hundía entre los escombros hacia abajo y comenzó a darle golpes con la llave inglesa. Los golpes metálicos eran rítmicos: toc-toc ... toc-toc ... toc-toc. Daba los golpes y paraba a escuchar. Al cabo de cinco o seis intentonas, entre uno de los silencios, se escuchó: toc-toc-toc-toc-toc-toc-toc-toc. Julián se volvió hacia Don Alonso y los compañeros de la brigada que estaban en el brocal de la rampa y les gritó: -“¡Están vivos, están vivos, solo unos minutos más para comunicarme con ellos y damos la ventilación, Don Alonso!”. Julián continuó golpeando cadenciosamente en la tubería de ventilación y escuchando después la respuesta. Al cabo de unos angustiosos minutos ordenó a sus compañeros que le subieran y cuando llegó arriba les dijo: -“Están los dos vivos y desde el techo del hundimiento hasta el fondo, puede haber diez metros de escombros, pero la ventilación les llega porque no se ha roto la tubería. Lo mejor es que perforemos por aquí arriba porque el hundimiento ha dejado una campana en el techo de la rampa lo suficientemente ancha como para sacarlos por aquí empleando el menor tiempo posible. Hay que decir al pocero que dé la ventilación ya y a los familiares de arriba que hemos dado con ellos y que están bien”.

Don Alonso no discutió lo más mínimo y comenzó a impartir las órdenes oportunas para que reanudaran la ventilación y arrimasen los equipos de perforación. Julián cogió un martillo neumático y con la ayuda de la eslinga se descolgó de nuevo por la rampa y empezó a abrir camino hacia los enterrados. Tenía que parar de vez en cuando para que los compañeros metieran palos y tablas con los que evitar que el mineral se viniera de nuevo abajo. Las labores continuaron por más de dos horas y media hasta que, en un momento, Julián y su ayudante abrieron un agujero que comunicaba la rampa con el piso 130. Julián introdujo la cabeza por él y acto seguido, como una serpiente se fue haciendo sitio hasta que logró introducir todo el cuerpo. Al llegar abajo se encontró con los dos compañeros acurrucados en un esquinazo, agarrados a un pie derecho, sin luz y con algunas heridas en cara y brazos, pero en general bien. Se dieron un abrazo interminable y llorando los tres, Julián gritó a los de arriba: -“¡No hacen falta camillas, estos dos mineros salen por su

propio pie y en menos de media hora están respirando el aire de la calle!”. Todos los componentes de la brigada y Don Alonso estaban tan emocionados que no eran capaces de articular palabras, solo balbuceaban, “¡Con dos cojones ... con dos cojones!”.

Cuando los cinco componentes de la brigada, Don Alonso, Julián y los dos accidentados llegaron arriba, la multitud que se aglomeraba en la boca-mina estalló en gritos y aplausos y todos se acercaban a saludar y felicitar a los rescatadores. Los dos mineros accidentados, aturdidos aún por la angustia y las pequeñas heridas que habían sufrido, solo deseaban abrazar a sus familiares. Antonio “el Nene” lloraba desconsoladamente con el cuello estirado para ver si veía a Esperanza, apartándose a manotazos al médico y los practicantes que lo acosaban para llevarlo al botiquín. Esperanza, agarrada con un brazo a Quica y con otro a su vientre, corría desesperadamente entre la multitud para abrazar y comerse a besos a su Antonio. Se fundieron en un abrazo tremendo y sus cuerpos temblaban de miedo por la pesadilla que acababan de pasar.

Quica hizo lo propio con Julián, pero en vez de recibir un abrazo, lo que “el Garza” recibió fue un tortazo descomunal, seguido, como no podía ser de otra manera, de un tremendo achuchón y un beso en los labios.

- “¡Maldito cabrón, que más tenía en vilo!. La próxima vez que mandes que me den un recajo, no se lo encargues a gente que te quiera tanto, porque el Fernando lloraba más que la Esperanza cuando me dijo que tabías metío en la mina a por ellos y que los ibas a sacar vivos, aunque te quedaras tú en el intento”, le increpó Quica.

Julián agarró a Quica y se dirigió con los demás al botiquín para ver como estaban todos. Por el camino miró de reojo al “Concha” y le enseñó el puño derecho en tono amenazante, a lo que éste respondió con un asentimiento de cabeza. Quica le preguntó: -“¿Qué ta dicho?”, y Julián siguió caminando, le echó el brazo por encima de nuevo y le respondió: -“Nada, que algún cabrón tiene un ojo morao y la boca partía”.

Cuando ya pasó la algarabía inicial y se encontraban en el despacho de Don Alonso, fumándose, como no, un cigarrillo, éste cogió del brazo a Julián y le dijo: -“Julián, lo cas hecho hoy no se me vá olvidá en toa mi vida. Hubo momentos en los que me tenías asustao de cojones, porque no sabía si quitarte de en medio pa que no te mataras tú también o dejar que siguieras con tus rarezas. Por cierto, ¿cómo coño sabías que los dos estaban vivos, que la ventilación les llegaba y que había diez metros hasta ellos, eh?”. Julián pegó una tremenda chupada al cigarrillo, exhaló el humo, tosió dos o tres veces y dijo: -“El Concha y yo jugamos mucho al dominó y, aunque me cueste reconocerlo porque de ello dependerá el que nunca más nos dejen ser compañeros de juego,

nos entendemos a la perfección a base de golpecitos con la ficha en la mesa. Yo le preguntaba que si estaban los dos vivos de la misma manera que en el juego lo hago para saber si tiene uno, dos o más dobles. Sabía que les llegaba el aire porque también sé cómo preguntarle si cierro yo o cierra él una jugada; sabía que aproximadamente podía haber diez metros porque él me dijo, al igual que me cuenta los puntos si cierro la partida, los metros más o menos que ellos habían subido y yo sabía los que yo había bajado. Y sabía, además, que le iba a partir la boca al vigilante en cuanto saliera porque yo hubiera hecho lo mismo a la vista de los acontecimientos, ¿no cree usted, Don Alonso?”. Sonrieron todos y siguieron fumando. Todos menos Quica, que seguía reprendiendo a Julián por lo que había hecho y, como éste no le hacía mucho caso, optó por seguir haciéndolo por el tabaco, cuestión que tampoco hizo que Julián prestara por ella más atención que por el Peninsulares que seguía apurando con pasión.

Julián sigue siendo un hombre de costumbres bien definidas y al cabo de veinte años desde que pasó aquello, aún sigue yendo al melonar con su compañero “el Concha” todos los veranos, aunque ahora va en calidad de jubilado. No lleva petate, pero siempre lleva un paquete de Peninsulares en el bolsillo de su pantalón de pana. Allí lo recibe con un buen trago de vino, como de costumbre, el melonero Antonio “el Nene” y su hijo Juli “el Garcilla”, que siempre se andan quejando de que la Esperanza les mezcla el queso en aceite con las demás viandas en la abollada hortera.

2º Premio Relato Corto Adultos

**“BIENVENIDOS A BORDO”**

Mª José Gómez García

**ASTILLEROS HARLAND & WOLF. BELFAST, IRLANDA.**

12 del mediodía del 31 de mayo de 1.911

El cielo amenazaba con desplomarse sobre los más de cien mil congregados en el muelle de Belfast la mañana del 31 de mayo. El incesante sirimiri amorataba rostros y manos, no obstante, aquel frío cortante como el filo de una navaja, no mermaba los ánimos del gentío que se agolpaba en las inmediaciones de los astilleros más grandes del mundo, para presenciar lo que habría de ser la botadura del “buque de los sueños”.

El Alcalde de Belfast se dirigió presuroso hacia Ismay, director gerente de la compañía naviera White Star Line, propietaria del buque.

-Disculpe Sr. Ismay -pronunció el Alcalde acaparando la atención del naviero, que departía animadamente con los directivos de la empresa constructora y la naviera- ya ha llegado el champagne, cuando lo desee puede proceder a la botadura.

Ismay desvió una mirada furibunda hacia Lord James Pirri, socio mayoritario de los astilleros Harland & Wolf.

-¡Lord Pirri! -dijo visiblemente enojado- ¿ha encargado usted esa botella de champagne?.

-¡Dios me libre, Sr. Ismay! -contestó Pirri en tono conciliador- conozco la costumbre de White Star Line de no bautizar sus barcos con champagne, sin duda ha debido ser un mal entendido.

Ismay se dirigió hacia el Alcalde que tragaba saliva ante la furia contenida del magnate naviero.

-¡Aparte eso de mi vista! -dijo elevando el tono de voz-. ¿Es que usted no

sabe que trae mala suerte botar los barcos con champagne?

-Lo siento Sr. Ismay, desconocía esta costumbre, como todas las compañías...

-¡Pero no está usted frente a cualquier compañía! -interrumpió rojo de ira- , ¡está usted frente a la White Star Line, y ese barco, dijo señalando hacia el buque, es el barco más grande del mundo, Sr. Alcalde!. ¡Se llama Titanic!. ¡Memorice bien su nombre!.

En ese momento, hizo acto de presencia el joven Thomas Andrews, ingeniero jefe de los astilleros al que todos apreciaban, no sólo por su excelente labor como diseñador y profesional, sino por su carácter afable y conciliador.

-Sr. Ismay, sin duda ha sido un mal entendido sin mayor importancia, el Sr. Alcalde ha pensado que la White Star Line seguía las costumbres de otras compañías, nada más. Le aseguro que en la adquisición de ese preciado líquido, no ha habido ningún ánimo de ofender.

Ismay pareció relajarse ante las palabras de Andrews, no obstante, una sombra de miedo, espesa y pesada como bruma de invierno, cruzó su mente dejando posos de dudas.

-Andrews, por favor, encárguese usted de solucionar el problema, vuelvo con Lord Pirri y el Sr. Morgan -dijo Ismay acariciándose nerviosamente el generoso bigote.

A la media hora, tres cohetes explosionaban en el cielo plomizo de Belfast, el gigante de los mares calificado como insumergible, estaba a menos de un año de iniciar su viaje hacia la eternidad.

c

**MANSIÓN DE LORD PIRRI, LONDRES.**  
8:30 horas de la mañana del 30 de agosto de 1.911.

La mañana del 30 de agosto, Lord Pirri había congregado en su mansión londinense a Bruce Ismay, Director de la White Star Line, J.P. Morgan, financiero norteamericano cuyo dinero había hecho posible la construcción del Titanic y sus dos hermanos: el Gigantic y el Olympic, y a Thomas Andrews, Ingeniero jefe de los astilleros. La jornada se presentaba algo infausta, pues intuía que los temas a tratar no serían del agrado de todos los presentes.

Pasaron a una espaciosa biblioteca decorada con valiosos muebles, como las sillas Chippendale y las pequeñas mesitas velador. Muchas de las piezas que podían apreciarse eran del célebre mueblista inglés nacido en 1.718, algunas, fechadas en su época china.

En la esquina nororiental de la estancia aparecía una clásica mesa de biblioteca inglesa, con tablero de gran diámetro, cajones a su alrededor y un grueso pie tallado en roble macizo como único soporte, alrededor, dispuestas cuatro sillas. Lord Pirri, invitó a los caballeros a que tomaran asiento.

Sobre la mesa, cuatro carpetas con diversa documentación.

-Sr Andrews -comenzó hablando Lord Pirri una vez instalados- ¿cómo van los trabajos en la superestructura?; le ruego amolde su jerga a mi inteligencia, tenga presente que no gozo de sus conocimientos.

Andrews sonrió agradeciendo la humildad de Pirrie, extendió varios planos sobre la mesa y comenzó su exposición.

-Los trabajos han finalizado, señor. Si le parece podemos discutir sobre el abastecimiento de combustible. Según mis cálculos, a una velocidad de 23 nudos, el Titanic necesitará una media de 825 toneladas diarias. Esto significa que necesitamos recursos energéticos de gran calidad si deseamos cumplir las expectativas fijadas por White Star Line.

-¿Está usted seguro, señor Andrews, de que esa cantidad es la apropiada?. Disculpe mi ignorancia, pero ¿no le parece algo... Excesiva? -preguntó J.P. Morgan.

-Verá señor Morgan -continuó Andrews- el Titanic tiene 29 calderas que alimentan motores de dos turbinas, 4 cilindros de triple expansión y generadores invertidos de 30.400 CV y 165 rpm. La Turbina es una Parsons, de

16.200 C.V y 165 rpm. Lo que le termino de describir es necesario para desplazar las 27.000 toneladas de acero que conforman el barco. Eso, claro está, sin contar con las añadiduras posteriores en lo que a decoración se refiere. Nuestro barco, si me permiten la familiaridad, mide como ya saben 270 metros y sólo la hélice central pesa 22 toneladas. Por ello, se necesita un combustible de calidad extraordinaria que nos permita desplazar el Titanic a la velocidad deseada. Hablamos de un carbón con altas propiedades caloríficas.

Los congregados se removieron en sus asientos, el Sr. Ismay, tomó la palabra.

-Inglaterra posee carbón de calidad para las calderas del Titanic, ya habíamos pensado en ello Sr. Andrews. Aún así, le agradecemos su interés, demuestra su enorme eficacia en la labor que desempeña.

Lord Pirri, extrajo de su carpeta varias fotografías y algunos informes, antes de distribuirlos entre los presentes, se ajustó sus gafas y carraspeó.

-Verán caballeros, el Sr. Andrews no ha dicho nada que no haya sido fruto de una larga meditación. De sobra conocemos la calidad de nuestro carbón, pero existe, mejorando lo presente, una cuenca minera al Sur de España que posee sin duda el mejor carbón de Europa. Les hablo de las minas de la Cuenca del Guadiato, que actualmente explota la Sociedad Minero Metalúrgica de Peñarroya, una empresa de capital francés.

El silencio se extendió como la bruma por la biblioteca de Lord Pirri. El primero en reaccionar fue Ismay.

-¿Se ha parado a pensar lo que supondría traer carbón desde España?, ¿y no me refiero a cuestiones meramente económicas, sino al escándalo social!. Piense que la White Star Line ha encargado la campaña de marketing más ambiciosa de todos los tiempos para promocionar nuestro barco. Un revolucionario material publicitario que ha costado ...

-Tengo conocimiento de lo que ha costado Sr. Ismay -interrumpió Lord Pirri-. Sé que esta campaña publicitaria no tiene precedentes, pero ha de entender que de poco o nada servirá sino cumplimos con las expectativas. El mundo entero estará pendiente del Titanic el día que suelte amarras, si no materializamos el sueño que estamos vendiendo, habremos fracasado.

Ismay no parecía satisfecho con la exposición.

-Les recuerdo caballeros, que no es sólo dinero lo que está en juego, también nuestro honor.

-No se preocupe, Sr Ismay -contestó Lord Pirri-. Le aseguro que nuestro honor estará a salvo.

-¡Dios le oiga! -contestó elevando exageradamente el mentón.

Lord Pirri, tras unos interminables segundos de silencio, volvió a tomar la palabra.

-Como les decía, el que sin duda está catalogado como el mejor carbón, se extrae actualmente en España. Tengo conocimiento de ello gracias a nuestro compatriota Walter J. Browning, Director de la Río Tinto Company Ltd., que como todos ustedes saben, extrae mineral en el Sur de España, cerca de la provincia que nos ocupa. Browning se ha ofrecido a acompañarnos para que visitemos personalmente las minas de la SMMP.

-Lord Pirri -interrumpió Ismay con el rostro visiblemente iluminado, como ocurre al estudiante que frente a una pregunta de examen, acaba de recordar la respuesta- ¡creo que conozco el lugar del que habla!. ¡Claro, ahora recuerdo!, ¡Cómo no había caído antes?. Esa zona al norte de..., la ciudad de Córdoba ya fue explotada por nuestra gente, ¿me equivoco? -pronunció desplazándose hasta el filo de la silla y apoyando los codos en la mesa.

-No, no se equivoca, tiene toda la razón. En 1.842, los señores Wylde y Giles llegaron a aquellas tierras a bordo de sus compañías. Fueron varias las compañías británicas con intereses en aquella zona.

-Mantengo buena amistad con los Barkell -contestó Ismay-, a menudo suelen contar cómo el abuelo se trasladó a España para extraer carbón de sus minas, aunque la verdad, si le soy sincero, nunca atribuí veracidad a sus exposiciones.

-Pues ya ve, Sr. Ismay -añadió Morgan- a veces, en el sitio más inesperado se encuentra la respuesta a lo que buscamos.

-Cierto Sr. Morgan, muy cierto -contestó Ismay.

-Bien, caballeros, si están de acuerdo, partiremos para España en una semana. Déjenme ultimar algunos detalles con el Sr. Browning, se ha ofrecido como intérprete y colaborador. Ha contactado con el Director de la compañía y nos atenderá personalmente.

-Disculpe, Lord Pirri -interrumpió Andrews- me gustaría acompañarles

para supervisar el material, si es posible, claro. ¡Ah!, lo olvidaba; pongo a su disposición mis conocimientos de castellano, no he estado en España pero me defiendo bien.

-Le pido por favor que nos acompañe -añadió Lord Pirri.

-Siento decir que me será imposible realizar el viaje con ustedes -añadió J.P. Morgan-. He de volver a los Estados Unidos para atender asuntos que no admiten demora, no obstante, confío en que me mantengan informado a su regreso.

-Así se hará -contestó Ismay-, no lo ponga en duda.

-Por lo tanto, Sr. Ismay, Sr. Andrews, en breve recibirán en sus respectivos domicilios los billetes para el viaje, ruego lo tengan todo dispuesto para entonces -habló Lord Pirri, dando por terminada la reunión.

Era media mañana, los tres hombres abandonaban la mansión de Lord Pirri con un objetivo común, todos menos el Sr. Andrews. La reunión había transcurrido por derroteros un tanto inesperados, esto había provocado que su propuesta para aumentar el número de botes de salvamento se viese desestimada, hecho que le tenía bastante preocupado. Esperaría a estar en España, tal vez en un ambiente más relajado, su propuesta obtuviera mayores consideraciones.

#### ESTACIÓN DE LA VILLA DE PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE

9:30 horas de la noche del 10 de octubre de 1911

Los cuatro caballeros británicos acababan de llegar a la Villa de Pueblonuevo del Terrible tras una larga travesía en barco y tren. A las nueve y media de la noche eran recibidos por el Alcalde de la Villa, Don Rafael Morales Simón, quien apenas llevaba en su cargo un par de semanas. Junto a él, un numeroso grupo de Guardias Civiles a pie y a caballo, directivos de la SMMP y algunos destacados personajes de la burguesía local.

El primero en hablar fue el Alcalde.

- Señores, bienvenidos a la Villa de Pueblonuevo del Terrible, espero que su estancia aquí sea agradable. Es un honor recibir en nuestro humilde pueblo a tan destacadas personalidades.

Browning, se dirigió en francés a su homólogo, Monsieur Bourbon.

-Monsieur Bourbon, ¿sucede algo que no me haya explicado?, entienda que mis compatriotas estén algo nerviosos por las fuertes medidas de seguridad.

-Nada por lo que tengan que preocuparse, Monsieur Browning. Tuvimos algunas revueltas obreras en días pasados, pero gracias a Dios todo ha vuelto a la normalidad. No obstante, como medida precautoria hemos decidido extremar la seguridad, comprenda que no todos los días llegan a esta villa personas de tan elevado rango.

Browning estrechó la mano de Bourbon e hizo las presentaciones de rigor. Acto seguido, subieron a sendos coches que esperaban casi a pie de vía y tomaron rumbo al barrio francés.

Lord Pirri e Ismay iban enzarzados en la discusión de si el joven rey Alfonso XIII sería capaz de pararle los pies a los republicanos. En otro coche, Andrews seguía sobrecogido por el caótico paisaje que le rodeaba.

-¿Es la primera vez que visita un pueblo minero español? -preguntó Browning.

-Sí, y créame, me gustaría que fuese la última. España no es como me la imaginaba.

Browning rió con ganas antes de volver a hablar.

-¡Pues si esto le sorprende, espere a ver el resto!. Los españoles sólo sirven para trabajar y hacer huelgas. No entienden más idioma que el látigo.

Andrews miró con asombro a su interlocutor, le habían hablado de la crudeza de aquel hombre, pero no esperaba descubrirla tan pronto. No quiso hacer comentario alguno, pero intuyó que no iba a ser fácil tratar con el ingeniero británico.

A su llegada al barrio francés, la sensación de haber penetrado en el fin del mundo, que había acompañado a los ingleses desde su llegada a la estación, se desvaneció. Las calles eran anchas y rectas, los jardines amplios y las casas espaciosas y bien ventiladas. Por doquier se veían muestras de una incesante labor constructora que transformaba poco a poco aquella humilde villa en un hermoso pueblo.

Antes de que el coche girase, pudo contemplar que parte de la zona francesa estaba aislada por un muro, lo que le hacía pensar que la convivencia con los

nativos del lugar sería escasa o nula.

Habían dispuesto dos casas para alojar a los huéspedes, no obstante, Lord Pirri, Ismay y Andrews, expresaron el deseo de compartir la número siete y el Sr. Browning optó por ocupar la número nueve en solitario.

Debido a los reiterados retrasos en la hora de llegada, Monsieur Bourbon había suspendido los actos de recepción de los huéspedes, postergándolos para el día siguiente cuando éstos hubiesen descansado del largo viaje. Decisión que sin duda, todos estuvieron de acuerdo en aplaudir.

#### VILLA DE PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE

10:15 horas de la mañana del 11 de octubre de 1.911

La mañana había aparecido soleada, hecho que tenía a Lord Pirri totalmente entusiasmado. Había sido el más madrugador de los tres y para cuando sus compañeros de hospedaje se hallaban desayunando, él ya había recorrido las calles del barrio francés.

-*¡Bonjour, mes amis!* -pronunció al entrar en el saloncito donde Ismay y Andrews daban buena cuenta de un desayuno, algo tardío para su costumbres, a base de tostadas con mantequilla, miel y delicioso café como jamás habían probado.

-¡Buenos días, Lord Pirri! -dijeron al unísono.

-Parece ser que el largo viaje no ha hecho mella en su humor, Lord Pirri -dijo Andrews sonriendo.

-¡Ah, mi querido amigo!. Estamos aquí, en el rincón más escondido de Europa, en busca del mejor carbón del mundo para el mejor barco del mundo. ¿No le parece increíble?

-¡Que se construye en el mejor país del mundo!, no lo olvide Lord Pirri -interfirió Ismay.

-No lo olvido Señor Ismay, pero no deja de ser una paradoja que en este pequeño lugar alejado de casi toda civilización, se encuentre el combustible que hará navegar al buque de los sueños -dijo mientras se acercaba a la ventana que daba al jardín de la entrada.

-No en vano se dice que los mejores tesoros se hallan escondidos en frascos pequeños -dijo Andrews.

-No son los tesoros, Sr Andrews, sino el buen perfume lo que se guarda en frascos pequeños. Debería echarse novia, siga mi consejo, ella le pondría al día de todos esos pequeños detalles que al género masculino se nos escapa por

falta de sensibilidad -añadió Ismay en tono jocoso.

Las risas invadieron la estancia mientras una joven hacía acto de presencia en el salón. Era alta, mucho más de lo que los británicos consideraban como medida estándar para un español medio. Llevaba, al igual que las otras, un vestido negro hasta los tobillos, con mangas muy rizadas en los hombros y cuello camisero. Sobre el traje, un immaculado delantal blanco adornado con puntillas. Se recogía el cabello en una larga trenza y en la cabeza, a modo de “seudo corona”, la tradicional cofia blanca. No debía tener más de dieciséis años.

-Buenos días señores -dijo con voz aflautada-. Espero que hayan descansado y que disfruten de su “instancia” en el Terrible, ¿dan su permiso para “arrecoger”?. La frase sonó como si se la hubieran hecho memorizar previamente.

Lord Pirri e Ismay miraron al unísono a Andrews. No habían entendido ni una palabra.

-Gracias, el desayuno estaba delicioso, puedes retirar la mesa, por favor -pronunció Andrews en un español casi perfecto.

La chica enrojeció hasta las orejas al oír al joven ingeniero, nadie la había tratado con tanta amabilidad desde su llegada a aquella casa.

A las once en punto de la mañana, los dos coches que la noche anterior les condujeran hasta su lugar de hospedaje, les aguardaban puntuales para llevarlos hasta el Ayuntamiento.

Ismay, admiraba embelesado las flores del jardín, no dejaba de preguntarse como era posible que en pleno mes de octubre, los jardines españoles estallaran en aquella explosión de colores.

Un rayo de sol se coló por los visillos entreabiertos de la ventana, rebotó justo en el rostro del naviero, que hubo de entornar los ojos para protegerlos de la iridiscente luz.

-¿Sr. Ismay? -Andrews lo tomó por el brazo-, ¿se encuentra usted bien?.

-¡Oh, sí!, disculpe. Es esta luz, esta enceguedora luz en pleno mes de octubre, y este calor... No lo entiendo.

-Estamos en España, Sr. Ismay, es el Sur -pronunció Andrews acompañando sus palabras de una leve sonrisa.

-Claro, sí. Tiene usted razón. No nos demoremos más, las autoridades nos deben estar esperando.

Esta vez, el ingeniero prefirió la compañía de Lord Pirri, pretendía aprovechar el breve trayecto para plantear el problema de los botes de salvamento.

-Sr. Andrews -tomó la palabra Lord Pirri, le noto preocupado. Entiendo que no estamos en París ni nuestro alojamiento es un hotel de lujo, pero serán sólo unos días.

-No es eso lo que me preocupa, Lord Pirri, no se inquiete, tengo capacidad para adaptarme.

-¿Entonces qué causa es la que le trae con esa cara de angustia?

El ingeniero se removió inquieto, entrelazó fuertemente las manos y carraspeó.

-Verá, Lord Pirri, se trata de los botes de salvamento del Titanic.

-¿Los botes de salvamento? -interrumpió extrañado Lord Pirri- ¿sucede algo con los botes?

-Pues... sucede que me parecen insuficientes, en caso de...-desvió la mirada hacia la ventanilla del automóvil. En caso necesario, no podrían evacuar a todo el pasaje a bordo. Aunque eso... claro está, es casi una utopía.

-Si es casi una utopía, ¿por qué se preocupa?

-Porque debemos analizar cualquier posible eventualidad, Lord Pirri.

-Vamos a ver, -dijo Lord Pirri apoyando los codos sobre las rodillas- si mi memoria no falla, el Titanic llevará veinte botes con capacidad para...

-Para mil ciento setenta y ocho personas, señor.

-¿Y cuál es el problema? -dijo Lord Pirri elevando los brazos.

-El problema es que sólo la tripulación asciende a ochocientos noventa y siete miembros, el Sr. Ismay me ha adelantado que las contrataciones ya han sido cerradas.

Lord Pirri tornó el gesto, su habitual sonrisa se desvaneció dando lugar a un rostro severo, por primera vez tomaba conciencia de lo que podría suceder si el Titanic se fuera a pique.

-¿Ha hablado de esto con el Sr. Ismay? -preguntó.

-Sí, lo hice, pero considera que cargar el Titanic de botes salvavidas, perjudicará la imagen de insumergible con la que está siendo publicitado.

Además, piensa que afearía la cubierta y dificultaría el paseo.

-Bien, déjelo de mi cuenta, yo hablaré con Ismay. ¿Cuántos botes considera que debería llevar para cubrir el pasaje?.

-Otros veinte si se incluyen los de lona, si son todos de madera, bajaría la cifra. Señor, la cubierta es amplia, hay espacio suficiente -las palabras de Andrews fueron en tono de súplica.

-No se preocupe, me encargaré de que se incluyan los botes que usted considere necesarios, y ahora, haga el favor de relajarse.

A su llegada al Ayuntamiento, el Alcalde les hizo entrega simbólica de las llaves “de la ciudad”, después, Monsieur Bourbon leyó un discurso de bienvenida. Lo sucesivo fue atender a la prensa, desplazada desde la capital para cubrir la noticia. Al día siguiente, aparecería en los periódicos:

*“EL TITANIC NAVEGARÁ CON CARBÓN ESPAÑOL.  
Directivos de la White Star Line y de los astilleros Harland & Wolf,  
negocian a esta hora con dirigentes de la SMMP en la Villa  
cordobesa de Pueblonuevo del Terrible”*

VILLA DE PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE  
RESIDENCIA DEL DIRECTOR DE LA S.M.M.P.  
14:16 horas del mediodía del 11 de octubre de 1.911

La casa de Monsieur Bourbon era lo suficientemente grande como para albergar un almuerzo con casi veinte personas. La servidumbre iba y venía siempre bajo la atenta mirada de Madame Bourbon, que supervisaba cada movimiento de las doncellas.

El menú era básicamente francés, aunque en los entrantes habían combinado el típico jamón español con un paté de aceitunas denominado *tapenade*. Le seguía una sopa *bouillabaisse* y finalmente, *quique lorraine*, a base de panceta, mantequilla y huevos, entre otros ingredientes. Para acompañar, vinos de la región de Burdeos: *Pauillac* y *Saint Emilion*.

El postre, como era de esperar, estaba compuesto por crepes y frutas.

El ambiente era relajado, a eso de las 16:00 horas, las señoras se retiraron a un saloncito contiguo para tomar café y dulces, costumbre que a los británicos tenía algo confundidos, pues los españoles no tomaban té, pero sí café, y como comprobarían más tarde, a cualquier hora del día.

Los señores pasaron a un amplio salón decorado al estilo imperio, sobre una

pequeña mesa sostenida por patas rematadas con cabeza de león, una caja de puros y brandy español.

Desde el salón de los caballeros podía verse a las damas, refinadas algunas, otras atrapadas entre la imitación de lo francés y el oscurantismo español. Una de ellas, llamaba poderosamente la atención de Andrews, iba ataviada con un *trotteur* verde jade y beige algo trasnochado, sin embargo, su belleza conseguía ensalzar aquella prenda de principios de siglo convirtiéndola en un traje exclusivo.

El ingeniero encendió un puro y se apoyó sobre el marco de la puerta, desplazando el peso de su cuerpo sobre el brazo derecho.

-Dicen que los británicos almuerzan poco y muy temprano, es cierto Sr. Ingeniero? -pronunció en español una voz que se acercaba a Andrews.

Andrews se sobresaltó, recompuso la compostura y se quedó fijo en la cara de su interlocutor.

-Disculpe, no pretendía asustarle, -dijo el hombre entre divertido y solemne.

-¡Oh!, no se preocupe, estaba... pensando en el trabajo, eso es todo.

Andrews hablaba con el doctor Medel, el médico de la Compañía. La joven a la que había admirado durante el almuerzo y parte de la sobremesa era Monique, su única hija. El doctor Medel había llegado a Pueblonuevo procedente de Sevilla; siendo muy joven conoció a Monique Blondel, una de las hijas de los ingenieros de la SMMP y se casó con ella. Desgraciadamente, falleció cuando su hija contaba cinco años de edad.

El doctor se había volcado en la educación de la niña, ahora contaba dieciocho años y aún no acababa de hacerse a la idea. Había regresado de Francia hacía tan sólo unas semanas, estudiaba Historia, pero había decidido tomarse un año sabático para acompañar a su padre, el ser al que tanto echaba de menos.

-Le preguntaba por sus costumbres culinarias, antes de asustarle sin intención -habló el doctor Medel.

-Perdone, no he entendido bien su pregunta -se disculpó Andrews.

-Me refería a sus horas para la comida, los británicos son exigentes en lo que a puntualidad se refiere, ¿no?.

-¡Ah, era eso!. Bueno, normalmente no desayunamos tan tarde, y

almorzamos sobre las 12:30 horas del mediodía. Un almuerzo frugal, nosotros dejamos para el desayuno la comida fuerte del día.

-Esa es buena costumbre, pero al español de a pie... -dijo meneando la cabeza.

-¿Prefiere comer más al mediodía? -preguntó Andrews.

-Prefiere comer, Sr. Ingeniero, si es más de una vez, mejor.

-Perdone, pero no le entiendo.

-En nuestro país muchas personas no desayunan, se conforman con poder comer una vez al día. La tristeza se reflejó en la cara del médico

-Entiendo, disculpe mi poca delicadeza.

-No importa. ¿Qué le parece si tomamos un poco de brandy?, no tiene nada que envidiar al coñac francés -dijo sonriendo.

-¡De hecho, yo lo prefiero! -contestó Andrews. Pero por favor, llámeme Andrews, o Thomas, que es mi nombre. Al final voy a terminar olvidando como me llamo.

Pablo Medel y Andrews se alejaron hacia el lateral izquierdo del salón, charlaban animadamente y el ingeniero aprovechó el ambiente distendido para preguntar por la misteriosa joven de rizados dorados.

-Doctor, entre las damas asistentes al almuerzo ha habido una que por su belleza ha llamado mi atención, me gustaría conocerla y si usted fuese tan amable...

-Bien, joven, dígame quien es y yo estaré encantado de presentársela. Ya veo que no pierde el tiempo... -dijo en tono jocoso.

-No crea, soy una persona muy reservada, pero esa chica... sinceramente, jamás he visto belleza igual. Lleva un *trotteur* verde, es rubia y en su mano derecha luce un pequeño rubí rodeado de brillantes.

El doctor Medel no pudo disimular su cara de asombro, carraspeó e intentó ser comedido en sus palabras.

-Esa chica es Monique Medel, el anillo que lleva en su mano es el que su padre regaló a su madre el día de su compromiso.

El ingeniero al oír el apellido enrojeció como una amapola, miró a un lado y otro de la estancia intentando encontrar la frase apropiada para no ofender al

progenitor de la chica.

-Cuanto lo siento, doctor Medel, no era mi intención...Le pido mil perdones.

-¡Vamos, vamos, hombre...! -interrumpió el doctor-, no hay por qué disculparse, entiendo que mi hija... bueno, ya no es una chiquilla, se ha convertido en una mujer hermosa y es normal que los hombres se interesen en ella. Créame que me siento halagado.

Andrews respiró profundamente y agradeció las palabras del doctor que sin esperar a oír su opinión, se alejó de su lado y volvió al instante trayendo del brazo a su hija.

-Tesoro, quiero presentarte a alguien, se trata del señor Thomas Andrews, el ingeniero que está construyendo el Titanic.

Andrews no podía evitar el nerviosismo y al tomar la mano de la joven para llevarla a los labios, no controló su fuerza.

-Es un placer señorita.

-¿De verdad es usted quien está construyendo el Titanic? -preguntó Monique con los ojos muy abiertos.

-Bueno, yo y mil cuatrocientas personas más... -dijo restando importancia al comentario del doctor Medel.

-¡Mil cuatrocientas personas!... Daría cualquier cosa por viajar en ese barco, se lo aseguro.

El día transcurrió tranquilo, la tarde la ocuparon en visitar varios pozos de minas. En el Antolín, Andrews dio el visto bueno al carbón y se maravilló con la novedosa máquina de extracción impulsada por un motor eléctrico de 5.000 CV y 25 HZ de corriente trifásica. Contó hasta 34 vueltas por minuto.

Ismay se interesó especialmente por el castillete, tenía 28 metros de altura y era una verdadera obra de arte de la ingeniería. Pidió bajar y comprobó que del cable colgaban dos jaulas de dos pisos cada una, con capacidad para cuatro vagones de 500 kg. Le asombró ver que tanto el embarque como el desembarque estaban automatizados.

Desde allí se trasladaron al grupo de antracitas. A Lord Pirri no le pasó por alto el dato.

- Disculpe Monsieur Bourbon, pero me ha parecido oír que vamos hacia el grupo de antracitas y eso no es posible, acabamos de visitar una mina de hulla.
- Esa es la característica que hace de esta cuenca una zona especial y única, Lord Pirri -contestó Monsieur Bourbon .
- Las antracitas -prosiguió- suponen el cincuenta por ciento de las existencias de esta cuenca y ...
- Perdone mi insolencia, pero... ¡eso no es posible! -dijo Ismay que seguía atento las explicaciones.
- Si es tan amable, Sr. Ismay, deje que Monsieur Bourbon termine su explicación -interpeló Browning.
- Gracias Walter. El motivo por el que en esta cuenca se encuentran dos tipos de carbón separados por millones de años -se detuvo para que todos pudieran escucharle- es porque una parte de dicha cuenca sufrió una intrusión magmática que calentó la hulla preexistente hasta transformarla en antracita. Ese, amigos míos, es el gran secreto del Guadiato.
- Asombroso -dijo Lord Pirri.

Al final de la jornada, los británicos decidieron irse pronto a descansar, al día siguiente se cerraría formalmente la operación y lo celebrarían con un almuerzo en la “Casa Social” y una fiesta nocturna en el casino.

Todos se rindieron a los encantos de Morfeo nada más entrar en sus camas, todos menos Andrews, que no podía apartar de su mente aquellos enorme ojos azules que le habían robado la tranquilidad y... algo más.

**VILLA DE PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE  
OFICINAS DE LA S.M.M.P.**

9:15 horas de la mañana del 12 de octubre de 1.911

En las oficinas de la SMMP, siendo las nueve y cuarto del día de la Hispanidad, se cerraba formalmente el contrato entre White Star Line y la compañía francesa. Puntualmente, saldrían del puerto de Málaga con destino a Belfast, varios barcos cargados con el mejor carbón del Guadiato. Los directivos de ambas compañías se felicitaron por el acuerdo.

Al finalizar los aspectos formales, se dirigieron de nuevo al barrio francés donde tomarían un almuerzo en la que los galos denominaban “Casa Social”; un almuerzo un tanto especial por doble motivo: el cierre del contrato y la fiesta española.

La Villa era un hervidero de gente de acá para allá, las tabernas se llenaban de parroquianos y en el popular Llano, recién ajardinado, se congregaban las parejas para pasear al tenue sol de octubre.

Andrews deambulaba de acá para allá, sin rumbo fijo. Se detuvo al lado de Browning que discutía acaloradamente con Bourbon.

-Vamos Walter... No era necesaria tanta violencia y lo sabes -decía Monsieur Bourbon.

-¡De no haber empleado la violencia, esos majaderos no hubieran vuelto al trabajo!. ¡De sobra sabes que los españoles sólo entienden de huelgas, aguardiente y...! -contuvo un exabrupto al percatarse de la presencia de Andrews-. Bueno, -prosiguió moderando el tono de voz- sólo te digo que de haber caído en mis manos, esa huelga de la que me hablas hubiera durado dos segundos -concluyó en tono solemne.

-No lo creo, el problema de las huelgas obreras está generalizado, se ha convertido en un conflicto nacional.

-Mano dura -susurró al oído de Monsieur Bourbon.

-Walter, agradezco tus consejos, pero este tema es asunto mío y yo tomo las decisiones. No permitiré que se toque a ningún obrero mientras yo esté al frente de la SMMP. Y ahora, si me disculpas, iré a atender a Lord James Pirri.

Browning enrojeció de ira, al instante, Andrews comprendió que era el momento perfecto para hacer mutis por el foro.

Salió sin avisar y puso rumbo al centro de la Villa. Las gentes pasaban por su lado rozándose sin ningún pudor, algunas mujeres lo miraban descaradas y después apretaban el paso entre risitas nerviosas.

-Las personas son las mismas en todos lados -pensó- cambian las costumbres pero no los corazones.

Siguió caminando y de repente oyó una voz femenina que lo llamaba entre el gentío. Se giró y a lo lejos vio una mano enguantada que se agitaba en el aire. Su corazón se aceleró al descubrir a Monique que sonriente llamaba su atención desde el medio del parque.

Andrews apretó el paso hasta llegar a su altura. La joven llevaba un vestido salmón de talle alto y un sombrero de rafia adornado con flores, su cabello se recogía en un espeso moño.

- Sr. Andrews, ¿qué hace usted aquí?, le hacía con los franceses.- Dijo sonriendo abiertamente-
- Bueno, digamos que estaba algo... aburrido.
- Venga conmigo, le presentaré a mis tías, le aseguro que no podrá aburrirse con ellas, especialmente porque no le dejarán hablar -dijo la joven asiendo por el brazo al sonriente Andrews.

El joven ingeniero pasó la tarde acompañado por Monique, esa tarde y todas las tardes que se sucedieron. Andrews supo que no podría abandonar España sin ella, así que no dudó a la hora de pedir la mano de la joven al doctor Medel.

VILLA DE PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE  
RESIDENCIA DEL DOCTOR MEDEL  
16:00 horas de la tarde del 17 de octubre de 1.911

En la casa del Doctor Medel estaba todo preparado para la llegada del Sr. Andrews y Lord Pirri, sin embargo, desde la habitación de Monique se oía una discusión.

-No sé Monique, no sé cómo hemos llegado a esto, sinceramente -decía el doctor- me considero el único culpable de todo este malentendido.

-¿Malentendido?. Pero... ¡papá, fuiste tú quien nos presentó, decías que era un buen hombre!. ¿Por qué has permitido entonces que siga viéndolo a diario? -Monique hablaba sollozando, con voz apenas audible.

-No pensé que la cosa fuera a mayores -contestó-. Debí educarte al modo español, ahora me ahorraría disgustos.

-Pero.... -sollozó la joven.

-¡Es presbiteriano, Monique! -gritó el Doctor-. ¡Tú eres católica, su familia jamás te aceptará!.

-No puedo creerte, papá. ¿Y tú, tú le aceptarías a él?. Veo que no. Me educaste en el respeto a los demás, en la libertad de pensamiento y elección y ... ¿ahora me hablas de diferencias religiosas?. ¿Desde cuándo te interesan las creencias de la gente?

-¡No consiento que me hables en ese tono!.

De repente, Medel se dio cuenta de que era la primera vez que levantaba la voz a Monique, y eso le hizo comprender que su oposición al noviazgo entre su hija y

el ingeniero, nada tenía que ver con nacionalidades ni credos, sino más bien con los celos de un padre temeroso de perder para siempre a su hija. Notó como algo tibio rodaba por sus mejillas, estaba llorando, se acercó a la joven y la estrechó entre sus brazos tan fuerte que apenas la dejaba respirar.

-Te quiero tanto, mi niña, que temo perderte -dijo entre lágrimas, alborotando sus rizos con las manos.

-No me perderás papá, te lo prometo -contestó Monique con palabras entrecortadas.

-Anda, -dijo Medel asiendo a la chica por los hombros- ve a arreglarte, no quiero que mi futuro yerno te vea de esa guisa.

Monique se abrazó a su padre y le estampó un sonoro beso en la mejilla; en media hora estaba lista para recibir a Andrews.

El Doctor Medel regaló a Andrews un reloj de bolsillo que había pertenecido al abuelo de Monique y que a su vez había sido heredado de su padre. Como dato curioso, tenía grabado en plata el Big-Beng. Andrews, había adquirido, gracias a la ayuda de Madame Bourbon, unos preciosos pendientes de brillantes, no obstante, lo que más entusiasmó a padre e hija, fue la promesa de Lord Pirri de enviarles dos pasajes en primera para el viaje inaugural del Titanic.

-Lord Pirri, -pregunta Monique entusiasmada- ¿es cierto que el barco tiene ascensores?

-¡Ya lo creo!, y gimnasios, y bibliotecas, y piscinas y nueve cubiertas para pasear, ¡y hasta café parisino.!

-¡Oh, qué maravilla Lord Pirri!- exclamó la chica entusiasmada.

Thomas Andrews y Monique Medel se comprometieron aquella tarde ante la mirada atenta de Lord Pirri y el consentimiento del doctor Medel, sin embargo, como sucede tantas veces, el destino tenía otros planes.

RESIDENCIA DE THOMAS ANDREWS, LONDRES  
12:15 horas del mediodía del 17 de marzo de 1912

*Pueblonuevo del Terrible  
20 de febrero de 1912*

*Dear Thomas:*

*Espero que al recibo de esta carta te encuentres bien de salud, yo, por mi parte, estoy bien, echándote de menos. Siento comunicarte que la salud de papá no mejora, el doctor ha dicho que, si bien no reviste gravedad mayor, necesita al menos dos meses de descanso. No sabes cómo siento no poder hacer contigo esa travesía que tanto hemos soñado, pues papá no estará en buenas condiciones para realizar un viaje tan largo. Estoy segura de que pronto mejorará y entonces haremos realidad nuestro sueño, un sueño que espero con máxima ilusión.*

*Por favor, envíame fotografías de la travesía.  
Abrazos de papá y besos de ésta que te quiere y te  
añora.*

*Mónica Medel*

VILLA DE PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE  
RESIDENCIA DEL DOCTOR MEDEL  
13:00 horas de la tarde del 8 de abril de 1.912

Londres  
17 de marzo de 1.912

*Querida Monique:*

*Espero que cuando recibas esta carta tu padre haya mejorado de su dolencia, en cuanto a ti, deseo que te encuentres feliz y bella, como siempre.*

*No debes preocuparte, lo primero es que el Doctor mejore, ya tendremos tiempo de realizar ese viaje. No obstante, os echaré mucho de menos a los dos, especialmente a ti.*

*No puedo extenderme demasiado, ultimamos detalles en el Titanic y tengo mucho trabajo. Espero que te acuerdes de mí el día once, al fin zarparé el "buque de los sueños" desde Southampton. Prometo enviarte una postal en cuanto lleguemos a Queenstown (Irlanda). Y muchas más cuando atraquemos en Nueva York.*

*¡Ah!, Lo olvidaba, tenía reservada una sorpresa pero no puedo contenerme por más tiempo. Adquiriré en América la tela para tu vestido de novia.*

*Te quiere,*

*Thomas Andrews*

PUERTO DE QUEENSTOWN, IRLANDA

Jueves, 11 de abril de 1.912

*Puerto de Queenstown (Irlanda)*

*Jueves, 11 de abril de 1.912*

*Querida Monique:*

*Espero que al recibir esta carta, tanto tu padre como t , os encontr is bien de salud.*

*El barco es una maravilla, no sabes cuánto te estoy echando de menos. Di a tu padre que vuestro carbón es magnífico, el mejor que pudiéramos haber encontrado.*

*Hasta el momento, todo transcurre con normalidad, salvo un pequeño incidente en el muelle de Southampton tras romper amarras. Como habrás imaginado, me tocó solventar todos los problemas antes y después de zarpar.*

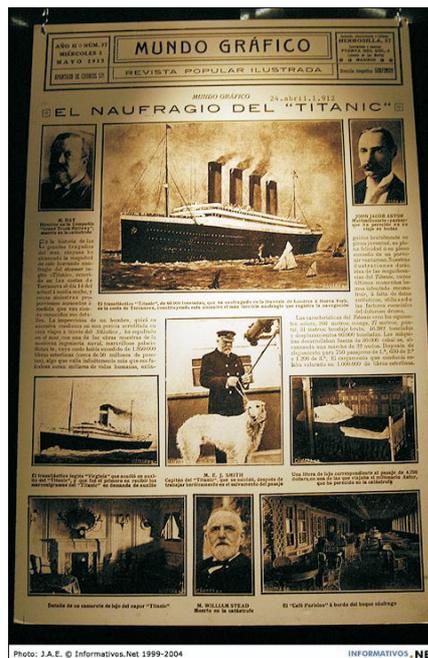
*Me habría encantado que estuvieses aquí y vieras la cantidad de personas que salieron a despedirnos, agitaban sus pañuelos como si fuesen palomas, fue maravilloso.*

*Te quiero mucho, no sabría decirte cuánto, probablemente te quiero hasta la eternidad, espero que nos veamos muy pronto.*

*Tu prometido,*

*Thomas Andrews*

VILLA DE PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE  
RESIDENCIA DEL DOCTOR MEDEL  
9:00 horas de la mañana del 16 de abril de 1.912



“A las 11:40 horas de la madrugada del domingo 14 de abril de 1.912, “el leviatán” de los océanos, el barco calificado como insumergible, el Titanic, se hundía en las frías aguas del Atlántico llevándose la vida de 1.503 personas. A bordo viajaban 2.208. Thomas Andrews, ingeniero jefe de los astilleros Harland & Wolf, quiso realizar el viaje inaugural del buque para supervisar todo su funcionamiento y anotar las mejoras que se tendrían que incluir. Para Andrews, al igual que para su barco, este fue su primer y último viaje. Los supervivientes declararon que Thomas Andrews cedió su chaleco salvavidas a una joven recién casada y que él se hundió en el interior del Titanic. Su cuerpo nunca fue recuperado. Bruce Ismay, considerado por muchos el auténtico responsable de la tragedia, por ordenar al Capitán Smith navegar a más velocidad de la recomendada en una zona con riesgos debido a los hielos, sobrevivió al hundimiento por ocupar el puesto de una mujer en uno de los botes de salvamento; por este motivo, fue rechazado por la sociedad británica. Murió solo en su mansión de las afueras de Londres”.



Photo: J.A.E. © Informativos.Net 1999-2004

INFORMATIVOS.NET

*“Este trozo de carbón estuvo en la Sala de Calderas, número 1 del Titanic. Los carboneros que trabajaron en esta Sala, permanecieron en sus puestos hasta el final. Se encontraban 42 personas, murieron todas porque mantuvieron las calderas encendidas para que el Titanic tuviese luz eléctrica hasta sus últimos instantes de vida. Lo consiguieron”.*

Este trozo de carbón, bien pudo haber sido, carbón de nuestra tierra.

Vaya este relato como homenaje a los fallecidos a bordo del Titanic y a tantas y tantas personas que, como los carboneros de la Sala nº 1, se dejaron la vida trabajando en el carbón.

1er. Premio Poesía Adultos

**“LOS COLORES DEL GUADIATO”**

Ladislao Barra Silva

LIBÉLULAS EN EL GUADIATO

Hay libélulas de agua  
en el valle.

Un latido, cien disparos  
de corazón a corazón,  
me lleno de ausencias  
y de música que se mece  
en el aleteo de tu mirada.

Hay libélulas de agua  
en el valle.

Un eco, voces repetidas  
de corazón a corazón,  
me lleno de huidas  
y de azul que se acuna  
en el palpito de tu mirada.

Hay libélulas de agua  
en el valle.

Un sueño, deseos nocturnos  
de corazón a corazón,  
me lleno de amaneceres  
y de limpios horizontes  
en el color de tu mirada.

Hay libélulas de agua  
en el valle.

Un susurro, palabras encontradizas  
de corazón a corazón.

Y por fin: cien disparos y un latido,  
voces repetidas y un eco,  
deseos nocturnos y un sueño,  
palabras encontradizas y un susurro...  
y aleteo de agua en tus ojos de libélula

### LAS PUERTAS DEL GUADIATO

Deja tu puerta entreabierta  
y que escapen,  
como centauros,  
los pensamientos.

Te pierdo en un sueño.

Se acurruca el corazón  
en el estrecho filo del cualquier lágrima;  
Aparecen los colores y se enturbia la razón:  
el azul se hace agua,  
el rojo: carmín, púrpura, grana...rubí...  
... Y la música entra en tu aire y navega  
como barco sin timón,  
derramando su aroma dulzón  
que aturde los sentidos de tus orillas verdes.

Aprieto las manos.  
Abres de par en par tus puertas...  
y casi me asfixian suspiros  
que juegan a ser gritos:

solitario el murmullo,  
solitaria la pena,  
solitario instante.

Dolor de parto, olas con espuma de nubes...

Nace el poema.

Arrío velas, suelto anclas,

y tu entornas las puertas:

yo la cierro con once llaves,  
con once cerrojos de cristal,  
con once pestillos de agua,  
y con once hilvanes de seda zurzo  
once pueblos en tus orillas.

Danzan los renglones.

Los versos van y vienen

suben y bajan;

enredan los sentimientos

con el eco del silencio,

la lágrima con la alegría,

el hielo con el fuego,

el agua con la mina,

el trigo con el pino...

Lenta y dulce la tortura  
que da vida al poema,  
que nada más nacer,  
ya está huyendo y soñando con otros Guadiatos.

### LA SOMBRA DEL GUADIATO

Préstame una sombra...  
tu sombra.

Dibújame horizontes  
en las palmas de mis manos.  
Sé con el aire  
cuchillo de brisa  
y ola que entra por debajo de mi puerta.

Detén el tiempo  
en la antigua mina,  
en el reloj de agua agria,  
en el olor a pólvora del trueno negro...

Sombras en el alma del tic-tac,  
en la carne de tu nombre,  
en la ceniza de tus ojos,  
en el viento que golpea al viento  
hasta hacerlo brisa.

Fíame,  
da crédito a los caballitos de bronce  
del ajedrez del silencio...  
Mira de reojo al futuro por llegar;  
deja de sentirte olvidado como los posos amargos  
del café sin azúcar.

Suéñame,  
dormido en los latidos de las cuerdas del arpa,  
en los silencios de las piedras.  
-cada piedra en su silencio,  
allí... lejos...-  
En lugares tatuados de presencias,  
de sombras...  
de tu sombra.

Allí... lejos...  
Aquí;  
cuando vuelva la luz a mi ventana  
y rescate los recuerdos  
de amarillas tardes en horizontes enteros,  
y el azul,  
el azul de las rojas amapolas  
sea tan azul  
como el amarillo de la espiga  
cuando la noche la desgrana.

Préstame una sombra...  
tu sombra, y esa luz que se esconde  
en el laberinto de tus cerros.  
Préstame una sombra

y una ráfaga de aire recién pintado  
de colores forasteros.  
Préstame una sombra  
y candelas de nubes  
que dibujen en tu paisaje  
perfiles y siluetas de hombres y mujeres,  
que en tu sombra, se hacen luz de valle nuevo.

### LOS COLORES DEL GUADIATO

Los colores del aire  
amarran mis manos  
a un murmullo de tristeza  
que traen y llevan imaginarias olas del mar;  
yo, testigo lejano  
de lunas menguantes y estrellas apagadas,  
colecciono caracolas sin susurros  
y anillos de cristal.

Los colores del aire  
mecen a la tarde;  
yo, nube dónde se acuna el agua  
antes de crecer y ser lluvia,  
después de soñar y ser granizo,  
antes y después de morir para ser nieve o sal.

Los colores del aire  
zurcen a mi corazón cien corazones nuevos,  
mil corazones ajenos  
que están por venir...  
espera... espero.

Los colores el aire  
desgranar tardes de soledad,  
amasan la harina de mil horas,  
cuecen el pan de los sueños...  
arden en la noche que viene y va...

Los colores del aire  
inventan tormentas y rodean la vida,  
pintan con barro las paredes de cal.

Dentro de la tierra,  
sin raíz,  
    Nazgo despierto al miedo y,  
    cuando alzan el vuelo las garzas azules,  
me siento oscuro y pesado,  
brillante y ligero;  
un sabor dulce me ahoga  
y borra mis huellas de tus jardines invisibles.

Los colores del aire  
desatan mis manos  
cuando me miro desde abajo,

desde arriba,  
de cerca,  
de lejos...

y no te veo.

Lanzo pintura al lienzo,  
los pinceles se tornan espátulas  
que buscan en tus horizontes límites nuevos:  
en gris se me antoja la sierra de hornachuelos,  
ocre y malva la Campiña Sur donde tu te  
detienes y Extremadura inicia sus caminos,  
de color verde y perla La Serena  
se disfraza de valle sin serlo  
y Los Pedroches, vecinos, paisanos y andariegos  
son del color del granito y la encina...

Tú, mi valle, arco iris  
recién pintado en el papel cuadriculado  
de la libreta de un niño...  
con límites que no son fronteras,  
tus confines sin ángeles de la guarda  
ni cisnes de agua  
que sueñen con lunas de plata...

Tú, guadiato, eres valle  
donde los colores del aire  
son los colores de tu bandera.

## GUADIATO MINERO

En las raíces del lirio y del agua  
tienes alma de carbón,  
en el fondo,  
en lo profundo  
escondes los secretos del tiempo,  
la luz de hombres armados con picos y palas  
que van arañando tu oscuridad;  
apuntalando las galerías,  
cosiendo a la tierra venas de hierro  
que fecundarán tu carne, tu carbón.  
A lo lejos,  
en el fondo negro  
palpitan como luciérnagas  
la luz de cien carburos,  
el eco de una antigua canción,  
el chasquido del metal contra la piedra,  
el sudor tiñéndose de angustia...  
y una voz acelerada que da ordenes...  
El tiempo no pasa,  
los minutos se tiznan,  
las horas se hacen hollín,  
la sirena no se escucha....  
Las cuadrillas de hombres  
entre el vaivén de las vagonetas  
parecen un bando de gaviotas  
que graznan o que rezan diciendo:

Mi dios es de barro, mis ángeles de ceniza...  
el cielo es carbón....el infierno grisú.  
Debajo de ellos  
brotan hilos de agua,  
cuerdas de acero,  
soles apagados por tantas lunas,  
estrellas mortecinas sin alma y sin aliento,  
sonidos que olvidan lo que les ha susurrado el cielo  
porque solo son gritos de angustia y de miedo.  
Mina,  
las antiguas profundas como la llama en la fragua,  
las de ahora con el alma al cielo abierto...  
son como rosas negras  
en las tierras sumergidas del viento,  
son como rosas negras  
con pétalos de cenizas  
que esconden los secretos del tiempo.  
son como rosas negras  
que marchitan tu paisaje,  
que ahogan a la encina y al olivo,  
y a la retama le pone flores sin brillos.  
Guadiato, valle y minero,  
minero valle Guadiato  
que te siembras de carbón  
mientras que tus pastos siguen verdes,  
tu cielo azul y el agua corriendo,  
tu sol sigue estallando  
y las estrellas muriendo.

2º Premio Poesía Adultos

**“KATABARSIS DEL RÍO”**

Pedro Ángel Cabrera Ruiz

**NACIMIENTO**

Las Horas abrieron  
las puertas del cielo.  
Despejaron nubes.  
Serenaron el firmamento.  
Enlazaron sus manos  
en maravillosa danza  
con flores frutos y guirnaldas.  
La diosa de blancos brazos,  
rizada cabellera,  
que emprendió viaje  
con corceles blancos  
por la sagrada corriente  
del océano,  
demostró su amor secreto  
al joven Guadiato.  
Buzándolo en el descanso.  
Ese amor furtivo  
atrapó al Río,  
sumiéndolo en sueño eterno.

Atrapado en la montaña,  
fueron las ninfas,  
las de mágicos poderes,  
las profetas.  
Las que lo hicieron fuente,  
después río.

Las que abrieron el monte  
para derramarlo.  
Para hacer fértil esta Tierra.

### ALEGORÍA DEL RÍO

Por las encinas de tu bosque  
me has perseguido largo  
y me has encontrado.  
Daba igual que corriera  
entre alisos o avellanos,  
entre chopos apretados  
o siamesas saucedas.  
Que simulara esparcido  
entre tréboles raros,  
pizarras y esquistos  
o mezclado,  
con orquídeas salvajes,  
rosas griegas.

Que me escondiera  
en los arroyos, mimbres, retamas,  
en los puñales hirientes  
de las zarzas,  
escudos de las alamedas.  
Que en complot clamara silencio  
a la siberina del caucho,  
a pinares y dehesas.  
Al final he caído exhausto,  
abatido, esperándote,  
en un trozo de tu valle.  
Tendido, a que me inundaras  
rotundo, los sentidos.  
A que mezclaras tu sangre con la mía  
y que adormecido, río  
me llevaras a tus lodos,  
de donde he venido.

### GUADIATO MITOLÓGICO

Guadiato, rocíame como a Héctor  
de tu agua, como a él el Janto de Ilión.  
A tí, al que el dios Apolo amó,  
que habló con tus veneros  
para crear un santuario eterno,  
en tus bosques, arroyos,  
repletos de náyades y ninfas.  
Cómo creciste.

Cómo Zeus, amontonaba las nubes  
para que vertieran en ti  
agua celestial,  
como un hijo afortunado,  
a tí que también eres un Dios,  
como río que eres.  
Pregúntale a Proteo  
el que metamorfosea el agua.  
Tus fuentes,  
envidia de Calipso.  
Protégeme, río como a Ulises.  
Que me despierte mi Nausicaa  
de terribles sueños  
en tus fructíferas riberas.  
Las del alimento perfecto  
para nuestras almas.  
Mejor aún que la ambrosía  
del río Soronte,  
alimentador de los caballos de Hera.  
Yo, que soy un guerrero  
descendiente de tu linaje.  
Nunca lucharé contigo  
como con el Escamandro de Troya  
hizo el héroe Aquiles.  
No quiero morir en una guerra,  
donde la carnaza sirva  
a buitres y a perros,  
pero sí entregarme,

a ti, a la tierra.

## CUBIERTA DEL RÍO

En la galería floral  
junto al río,  
están hablando de sueños  
la encina y el quejigo.  
En la gótica crucería  
de sauces con alisos,  
cruza la gineta gris,  
solitaria, de pelo hispido.  
Tierno murmullo de ecos  
entre chopos y madroños,  
fanales de lunas llenas,  
menguantes, nuevas.  
De planetas y de estrellas.  
Canción del valle magnífico.

## OTOÑO

Cuando miran los negros tordos  
de las tardes grises y mojadas,  
graves escenas se abaten  
cerca de Noviembre.  
Se llena el río turbio  
de sequías y hojarasca.

Se estira el Guadiato ebrio,  
húmeda la garganta.  
Arroyando piedras, revolcándolas.  
Cantando por las riberas  
que después de sembrarlas,  
verdean el canto dulce  
desde la noche hasta el alba.

### CERCO DEL VALLE

A aquella pared  
lagartera, muda.  
Tejados vacíos,  
sin cubierta y sed,  
por donde se escapó el futuro.  
A los caminos lisos sin nadie  
me dirijo a contemplarte.  
Puedo oírte como a un ser voraz,  
con hambre, que de lejos  
ruges por alimentos.  
Capitolina insaciable  
que amamantaste  
a los nuestros.  
Descansa en tu tumba expoliada  
tu renacer abortado  
en la mecedora del sueño.

Jardín de los clavos rotos,  
tuercas, raíles,  
fundiciones y proyectos.  
Gracias por lo que fuíste,  
mi ancestro lunar,  
Cercos.

### HIJA DEL RÍO

Julia es de alas  
de olas,  
de agua y sal,  
de montañas.  
Es risa y cristal,  
es un ánfora.  
Ya nos saca sueños.  
Empequeñece las guerras.  
Es viento y fuerza  
más grande que un alma.  
Mi sueño marino,  
de corales y algas.

### BAETURIA

Con esa luz,  
que es la de los sueños

La lluvia  
y el espejo verde  
de tus campos  
viajo.  
La ruta milenaria  
va a mi lado.  
Las sagradas ruinas.  
Guerreros antiguos  
vocean en el llano.  
La ciudad enterrada  
sus templos pasados.  
La Melaria fértil  
que cruzó Viriato.

#### POEMA DEL RIO

Tierra de luces de sol nacarada.  
Aves viajeras, colores del cielo.  
Sierra sombría, montaña de hielo.  
Casas hechas de cal, dehesa encantada.

De la Caraveruela al Guadalquivir  
por juncos, puentes árabes, romanos  
A riberas llenas de enamorados  
pasa el Guadiato lento antes de morir.

Río sereno, corazón valiente.  
Tórtolas, jazmines, zorzales, mimbres,

custodian al dios mar de esta vertiente.

Peces nautas, espejos del amante  
Miradas hundidas fondean su cauce  
Cristales, atardecer exultante.

### TERRUÑO

Hay palabras que vuelan.  
Tú eres palabra volante.  
Eres sílabas unidas,  
letras que hablan  
a-m-a-r-t-e.  
Agudas, llanas, esdrújulas,  
ruedan todas las tardes.  
Sueños tienen las nubes,  
cuando estás dormida.  
El alba te llama Eos,  
con lágrimas de almíbar.  
Rocío será el destino  
donde beban mis recuerdos,  
con espíritu de niño.

Premio Relato Corto Escolares

**“LOS MULOS QUE SABÍAN CONTAR”**

José Manuel Esquinas Durán

Mi abuelo Manuel pasó muchos años trabajando, tanto en el campo, concretamente en la ganadería, como en la mina, en nuestra Comarca “El Valle del Guadiato”.

Él me contó, y no hace mucho, que después de más de quince años en los frentes de arranque de carbón, pasó a ocupar un nuevo puesto de trabajo, concretamente, el de caballista en el interior del Pozo San Rafael, que consistía en cargar el carbón de las tolvas a los vagones y engancharse a los mulos para que éstos lo transportaran al embarque y de ahí a la calle. En un principio le pareció un trabajo fácil y menos penoso que los que había hecho anteriormente, pero no fue así.

Cada vez que entraba en el establo a coger los mulos, éstos se daban la vuelta y levantaban las patas traseras para cocearle y armándose de paciencia y valor por fin lograba sacarlos del establo. Luego les ponía los arreos y les enganchara los vagones y cuando quería que fueran hacia delante no lo hacían, se quedaban quietos y movían la cabeza y si los arreaba con una vara se empinaban de manos incluso llegando a descarrilar algún vagón de carbón y luego tenía que encarrilarlo mi abuelo a mano o con la ayuda de un compañero.

La situación cada día se complicaba más y pensaba que este nuevo trabajo no era tan fácil como él creía. Hasta buscó la solución para sacarlos del establo y que no le cocearan: les rascaba la cabeza y luego les daba un poquito de pan. Así, de esta forma, intentaba hacerse su amigo para que tiraran de los vagones. Pensó mi abuelo que, a lo mejor, los mulos no podían tirar de tanto peso y por eso movían la cabeza y se quedaban quietos y que si encima les pegaba se ponían aún más

furiosos y por eso se empinaban de manos. Y ¡así era!, mi abuelo acertó y puso en práctica su experiencia cuando él trabajaba en el campo con los animales. Decidió probar quitándole de uno en uno los vagones, hasta que, por fin, observó que con ocho vagones arrastrados los animales no se quejaban y transportaban los vagones hasta el embarque sin ningún problema. Pensaría mi abuelo que eran bestias inteligentes ya que sabían contar.

1er Premio Poesía Escolares

“TRES POEMAS PARA EL VALLE DEL GUADIATO”

Ara Barra Manzano

RÍO GUADIATO

Corrían por tu río  
dulces y amargos cuentos  
de antaño;  
lo que contaban los sabios  
se quedó dormido en el ayer.  
La luz iluminaba  
las piedras,  
las montañas  
brillaban de una forma  
sobrenatural,  
creando un caramelo  
que se fundía en tu verde orilla.  
La voz del vacío  
hacía ecos en tus inmensas lagunas,  
tan llenas...,  
tan apaciguadas...,  
tan puras en tu azul...  
Hoy,  
amanece todo teñido  
del gris de las nubes,  
y huele  
a chimeneas viejas  
y braserillos desdentados.  
Un frío aire,  
recorre cada una de las oquedades  
que amenazan proteger  
los pocos nidos de gorriones  
que ya quedan...  
esperando a que venga  
su primavera,

y el renacer de sus cantos,  
invadan tus plazuelas;  
será el comienzo  
de un torbellino de color.  
Voces:  
Tanguillos y pasodobles...  
romerías y ferias...  
aún falta tiempo  
para que lleguen esos momentos,  
y tiene que nacer la dura escarcha  
en suelos y paredes...  
el blanco arrasará techos  
y tragaluces,  
invitándonos a dejarnos caer  
en dulces sueños de invierno;  
mientras,  
este día irrepetible  
pasará delante de nuestros ojos;  
si paseo contigo de la mano,  
jugaremos a pisar las crujientes hojas,  
esparcidas debajo de nuestros pies;  
si miramos a las estrellas,  
veremos que  
el inconfundible día de hoy,  
es sólo uno más de los que tú pasas  
en tierras morenas, que  
el otoño  
cubre de gris.

## REBAÑOS

Las jaras arañaban  
con su blanco  
las laderas del valle;  
el camino se ve  
en la lejanía  
sube y baja escondiéndose,

apareciendo detrás de la encina,  
jugando a tapar las huellas  
y a disimular el olor a lentisco verde;  
se apiada del agua  
que lo ablanda haciendo barro su hierro.  
Por el camino  
se escucha el tintineo de campanillas y  
de ronco cascabeles,  
el ladrillo de algún perro  
y el vuelo corto de las perdices...  
el balar de ovejas  
parece pronunciarse desde su eco,  
el silbido del pastor  
es el guía, guía de viento y música  
que enreda las órdenes,  
que pone límites  
y es a la vez llamada al rebaño.  
Lejos quedaron las amenazantes  
colmillos de lobos errantes,  
atrás los encuentros  
con los asustadizos ciervos,  
atrás, muy atrás el tiempo en el  
chozo de piedra  
con su techo de paja y de juncos secos;  
más atrás, aún más atrás  
el humo de la lumbre y a su alrededor  
la familia del pastor compartiendo el sustento.  
¡Qué tiempos aquellos!

## LA SIESTA

Todo era silencio,  
en lo más alto el sol,  
abrasando las espigas,  
pintando de siesta y sueño  
cada rincón del valle.  
El agua está quieta,  
dormida en la orilla,

acunando a las sombras blancas  
de alguna nube.  
En el pueblo  
las ventanas están cerradas,  
las puertas tapadas con cortinas de colores.  
La siesta adormece  
todo lo que se mueve,  
hasta los gorriones dejan de piar  
y se esconden en lo más oscuro de las higueras.  
El río, el Guadiato  
se detiene a su paso por el valle  
y se hace pantano,  
charca, embalse, presa.....  
unas veces de cieno  
otras de barro.  
El Guadiato respira sin hacer ruido,  
sin murmullos de agua que choca  
en las piedras.  
El Guadiato estira sus brazos y sus piernas,  
se despereza, bosteza, se aburre y suspira  
quizás recordando el ímpetu de su agua en primavera.

2º Premio Poesía Escolares

“AL ANDAR, ANDAR...”

Montserrat Díaz Rodríguez

Al borde del camino  
mis pies cansados  
se alivian.

Absorta contemplo  
todo el paisaje  
en mis pupilas  
completo.

Al andar, andar  
andariega.....  
por la veredita  
voy, por la vereda.

El Valle del Guadiato  
me espera  
con los brazos abiertos  
y mi corazón ¡alerta!  
Espléndido en su belleza  
verde y dorado  
en la siesta.

Me susurra, me llama  
me ofrece sus riquezas.  
La sierra, morena de sol  
encantada,  
hechicera, bordada  
de verde y marrón  
orgullosa  
altanera.

Al andar, andar  
andariega.....  
por la veredita  
voy, por la vereda.

Los once pueblos,  
casi una docena,  
hermanos de sangre  
orgullo del valle, su padre  
e hijos de Sierra Morena.  
El valle y la sierra  
forjaron estos pueblos  
a golpes y golpes de amor  
en una fragua de dura tierra.

Al andar, andar  
andariega.....  
por la veredita  
voy, por la vereda.

Camino sin descanso  
por calles estrechas  
voy dejando atrás campos  
y arboledas.  
Recorro cual peregrina  
iglesias, capillas  
conventos, y en las callejuelas  
me pierdo en cada esquina.

Al andar, andar  
andariega.....  
por la veredita  
voy, por la vereda.

Prendidos en mi alma  
ya quedan  
el valle del Guadiato  
su querida Sierra Morena  
sus once pueblos blancos  
sus gentes  
con sus promesas....

¡Silencio!

el valle duerme

los pueblos sueñan  
¡y todito el cielo cargadito

de estrellas!

Al andar, andar  
andariega.....  
por la veredita  
voy, por la vereda.